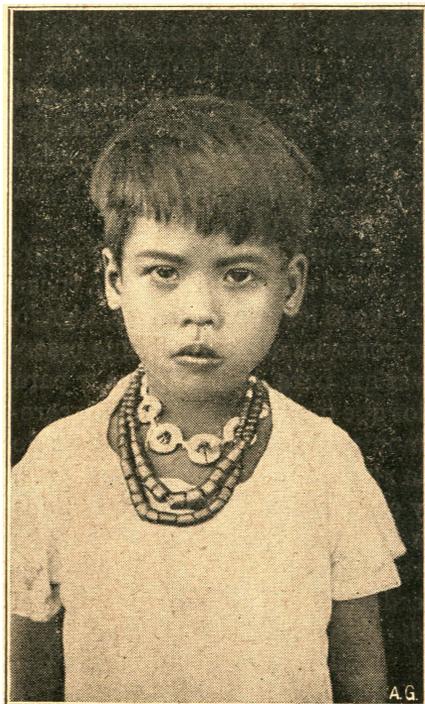


Las Sagas ó Hudhud de los Ifugaos

QUIEN viaje por los arrozales de Quiangan durante el tiempo de la cosecha,



Un Niño Ifugao.

será sorprendido por algunos cantos ejecutados despacito y en voz baja por las mujeres ocupadas en cortar el palay. Si, por curiosidad, se detiene y escucha algunos momentos, pronto oirá y sabrá que estos cantos no son varios, sino constituyen una larga y continua historia.

Estos son los "Hudhud" o his-

torias legendarias sobre los heroes ó abuelos de los Ifugaos y pueden llamarse "las sagas de los Ifugaos."

Estos "hudhud" son antiquísimos; ya existían mucho antes de la penetración de la primera civilización en la provincia de los Ifugaos, y nadie puede explicar con certeza el origen de estas leyendas. Sin embargo hay una que todos conocen y que para los Ifugaos basta para quitar la menor duda sobre la procedencia de las varias que hay.

En un tiempo antiquísimo, así dice la leyenda, nuestros antepasados conocían solamente un único "hudhud", el de Pumbakhayon, y por eso no cantaban más que aquel, y siempre lo mismo. Algun día, como las mujeres estaban cosechando el palay y cantando su "hudhud" de Pumbakhayon, en los campos de Libliban (un barrio al sur de Quiangan) subitamente apareció un hombre cerca de un estero, debajo los arrozales en un sitio llamado Kuto. Parecía a las mujeres que aquel individuo había salido de la misma tierra. Estando pues allí en pie, miraba a los trabajadores y gritó:

"Eh, Eh! Hombres que cargais los manojos! Eh! Eh! Mujeres que cosechais el palay! Miradme todos! Miradme!"

Y mirando todos en dirección de la aparición vieron un hombre fuerte y grande; le vieron bailan-

do, moviendo su cuerpo abajo y arriba, extendiendo los brazos; vieron su lanza brillar con el sol y su cuchillo balanceando al lado de la pierna. Después de algu rato, el gigante fue hacia una roca enorme en la cual plantó su lanza con toda su fuerza y después se sentó en la piedra. Después sacó su talega de debajo su bajaque, tomó una nuez de betel, una hoja de betel, pimienta y un poco de cal, puso lo todo en la boca y gritó de nuevo:

“Eh! Eh! Vosotros, hombres! Eh! Eh! Vosotras mujeres! Miradme: estoy descansadísimo de oír continuamente y siempre mi nombre; yo soy Pumbakhayon en persona, el Pumbakhayon de vuestro “hudhud.” Eh! Eh! Vosotras mujeres que estais cantando! Eh! Eh! Vosotras mujeres que cantais la saga de Pumbakhayon, escuchadme! Os enseñare ahora como debeis cantar!”

Todos cesaron el trabajo y vieron como el gigante era efectivamente Pumbakhayon mismo, porque los dedos grandes de sus pies estaban orientados al exterior. Entonces Pumbakhayon empezó a relatar las historias de los heroes, Ifugaos, sus combates y hazañas, sus batallas con sus victorias y derrotas, sus alegrías y tristezas. El día entero, la gente le escuchaban hasta que el sol habia desaparecido detras de las montañas y, en aquel momento, de repente Pumbakhayon se desvaneció y nadie podia decir como habia desa-

parecido y a donde habia ido, porque todos aquellos, que le habian visto, de repente murieron en el mismo sitio que ocupaban. Solamente dos niñas, que estaban cosechando en una parcela bastante



Una Niña Ifugao.

lejana y que no vieron el gigante, se quedaron con vida y como le habian oido hablar, pues ellas han enseñado a los demas de Quiangan como en el porvenir debian cantar su “hudhud.”

A esta leyenda, los Ifugaos añaden lo siguiente: “esta es la razon porque ahora hay tantos hudhud diferentes. Si uno quiere

cerciorarse de la verdad de esta historia”, así dicen los Ifugaos, “que vaya a Libliban: allí verá hasta hoy día la roca de Pumbakhayon; todavía verá la depresión hecha por el gigante encima de la piedra; allí se sentó. Allí también verá los trazos de sus pies y también un pequeño agujero en el cual solía escupir la saliva de su betel, y hasta el punto en donde plantó su lanza.”

Por esta leyenda se ve que la saga de Pumbakhayon parece más antigua que las demás: efectivamente todos los habitantes de Quiangan y sus alrededores la conocen; las demás son más o menos la propiedad de tal o tal barrio, o de tal o tal familia en particular.

Además como todos los Hudhud son semejantes en cuanto al estilo y en cuanto todos contienen algo idéntico y muchas veces repetido, puede ser que todos no sean más que unas copias tomadas del primero que es el hudhud de Pumbakhayon.

El lenguaje del hudhud no es el lenguaje tal como se habla en estas partes de Quiangan: al menos la tercera parte de las palabras que componen los hudhud son desconocidas por la gente no enterada

en estos cantos. Sin duda ninguna los hudhud contienen verdaderos tesoros para los ethnólogos porque describen varios cuadros al vivo de la vida primitiva de los Ifugaos.

Sin embargo las leyendas son ficticias: así lo admiten los mismos Ifugaos; por eso no es cosa de extrañar que relatan hechos maravillosos: resurrecciones, conversaciones con espíritus y otros más.

Estas sagas tienen también su valor literario y hasta poético. El hombre civilizado que supiera leerlas en su dialecto original sin duda lo admitiría; desgraciadamente una traducción no puede conservar esta belleza literaria ni siquiera.

Unas cuantas palabras sobre la manera de cantar estas sagas y su melodía. En cada grupo de los que las cantan hay una persona que entona: alguna anciana que por largos años ha trabajado en los campos para cosechar el palay y así ha podido aprender bastante de la saga para servir ahora de corifeo. Las demás solamente repiten lo que la anciana canta, excepto aquellas partes que repiten con frecuencia. La melodía se queda siempre la misma.



—¿Por qué llevas ese hilo atado al dedo?

—Me lo puso mi esposa para que no me olvidara de echar al Correo una

carta suya.

—¿Y te has acordado?

—¿Sí, pero mi esposa se ha olvidado de darme la carta.